

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUMERO 193.

MADRID 20 DE JULIO DE 1843.

Segunda serie.



SOY LA MADRE DE BORRASCA.

EL TERRIBLE VENGADOR,

6

LOS NEGRITOS.

XII.

REGALOS DE DESPEDIDA.

Aquella noche no pudo pegar los ojos; su imaginacion le mentia dulces quimeras, halagüenas esperanzas: veíase apreciado de un hombre opulento que podía contribuir á labrar su fortuna y su felicidad; imaginaba que Mis Matilde habia conocido la pasion que sus encantos le habian inspirado, y que si no participaba aun de ella, al menos la agradecia en pago del importante servicio que con peligro de su vida acababa de prestarle. Por último, pensaba en Borrasca, en el amigo de su padre que la casualidad, ó mas bien el cielo le habia deparado, y con cuyo auxilio pensaba poder embarcarse algun dia. La memoria de su hermano, de su querido Eduardo llegó tambien á consolarle durante aquellas largas horas de insomnio: representábase en su mente volviendo de Africa con la *Esperanza* atestada de negros, y creía sentir sobre sus hombros el contacto de los brazos del dichoso capitán.

Llegó por fin el nuevo dia; Enrique abandonó su lecho de la fonda del *Aguila*, y á la hora regular se dirigió á casa de Mr. Smith, á quien hizo presente lo mucho que habia sentido haber faltado el dia anterior á su mesa; pero Mr. Smith no le dejó acabar.

—Vd. es un jóven valiente, á quien quiero proteger eficazmente: he contraido con V. una de

aquellas deudas que nunca pueden desquitarse, pero al menos deseo tener la satisfaccion de que V. conozca lo mucho que amo á mi hijo, y de que no ha obligado V. á un padre ingrato. Almorcemos en primer lugar, y despues hablaremos despacio.

Sentáronse á la mesa, de la cual hizo los honores la bella Matilde con aquel amable abandono y natural franqueza que tanto realzan las gracias de las americanas del norte: Enrique se aprovechó de algunas ocasiones para espresarle con sus miradas los sentimientos de su corazon, y el rubor de la doncella le indicó mas de una vez que el suyo no gozaba de la pura tranquilidad que nadie habia podido turbar hasta entonces. Concluido el almuerzo condujo Mr. Smith al piloto á su escritorio y le habló así:

—Varias veces me ha manifestado Vd. que nunca se acomodaria á la vida sedentaria del bufete; ese caracter necesita movimiento, agitacion continua para desarrollarse completamente. Yo creo que lo que Vd. desea es navegar. ¿Me he equivocado?

—No por cierto; toda mi ambicion está reducida á conseguir el mando de un buque, le contestó Enrique.

—Ya, pero el mando de un buque es una idea muy vaga: si se tratase de otro, le proporcionaria yo desde luego aunque fueran doce buques míos y de mis amigos con destino á Europa; pero amigo mio, esa travesia no saca á un capitán de pobre; un sueldo mezquino y nada mas. Aqui necesitamos un buque en que se haga negocio; por ejemplo; dos viajes estan hoy en voga desde Nueva-Orleans y Cuba; el del golfo mejicano y el de Africa.

—Ese, ese, Mr. Smith; un viaje al Africa.....

—Poco á poco: Vd. puede llevar á Tampico ó á

Veraacruz una buena *pacotilla*; venderla allí ó ciliarla por frutos del pais que aqui escasean, y vuelta encontrarse con el capital duplicado. En cuanto al Africa, es preciso en primer lugar que Vd. se á la Habana; esto es fácil, porque yo le daré Vd. en tal caso una carta de este cónsul español para el capitán general, y cesaria desde luego la prohibicion de que Vd. pise aquella ciudad; aunque está en mi mano proporcionarle á Vd. dicho puerto su viaje al Africa en una goleta arma cierto comerciante amigo mio, sólo puede en clase de *segundo* por ahora, porque ya tiene un capitán, que es tambien recomendado mio, y pa dentro de cuatro dias para hacerse cargo del buque. Ahora escoja Vd., advirtiéndole que en uno ó en otro caso puede disponer de la cantidad de tres mil duros.

Enrique enternecido no pudo responderle; sólo las manos con enajenamiento y murmuró dos palabras: *al Africa*.

—Bien, dijo Mr. Smith; debemos seguir nuestras inclinaciones en la carrera que emprendió para no vernos algun dia en el triste caso de depender á otros por las desgracias que pueden sobrevenirnos.

En este momento entró Matilde en el escritorio y su padre continuó dirigiéndose á ella:

—Y Vd. señorita, ¿nada piensa hacer en el caso de su libertador? Este caballero nos dejará ir á esclavizar á sus semejantes, para venderlos pues como animales.

Matilde se puso pálida, y dijo:

—¿Cómo! ¿Tan pronto?

—Es preciso, señorita, respondió Enrique, que suerte lo quiere así.

— Diga Vd. mas bien que le arrastra su ambición, repuso Mr. Smith. ¡Eh! dejémonos de chanzas: el señor va á Africa, porque en eso hemos conocido, y creo que prosperará pronto, si le perdonamos los ríos (1) y los ingleses. Con todo, yo quisiera llevar algun recuerdo tuyo, como prueba del conocimiento que le debes.

— Y que conservaré toda mi vida. Si le parece Vd., papá, mi retrato...

— ¡Ah! sí; no me abandonará nunca, exclamó el otro.

— ¡Tu retrato! ¿Y de qué le sirve tu retrato la mar?

Matilde y Enrique suspiraron.

— Corriente, corriente; ya que es tu gusto, dame el retrato, pero añade algo que merezca la pena... vamos... quiero decir...

— Entiendo; la sortija del solitario...

— No tomaré de la señorita otra cosa que su retrato, replicó Enrique.

— Si tal, dijo el comerciante; es un brillante anillo que vale cinco mil duros y tiene un sello, en el cual introduciré yo otra cosa mil veces mas estimable para todo el que navega al Africa.

— ¿Y qué es?

— Unos polvos del veneno mas activo que se conoce en América.

— La acepto, puede serme útil: ahora soy yo quien pide á Vd. una gracia.

— Hable Vd., y sin rodeos.

— Deseo llevar en mi compañía á un amigo de confianza para que se embarque en la goleta.

— ¿En qué clase?

— De segundo.

— Pero si el segundo va á ser Vd. mismo....

— Iré de tercero, si es necesario.

— ¿Cómo se llama ese amigo?

— Tiene dos nombres, pero el que le pusieron cuando le bautizaron es Jacinto Borrasca.

— ¿Señor Borrasca?

— Se llamó Mr. Smith, y dijo dando la mano á que.

— Vaya Vd. descuidado; Borrasca se embarca en la goleta.

— Al salir de casa del comerciante se encontró el otro con una vieja que le detuvo. Era coja, y las arrugas de su frente indicaban que solo el tiempo habia enervado aquella constitucion que parecia haber sido robusta. Creyó Enrique que la vieja muger se disponia á implorar su caridad, y se adelantó al bolsillo, pero ella le dijo:

— Pronto olvida el señor de Guinza á sus amigos, pero yo conozco que el amor le tiene trastornado el juicio.

— No me acuerdo de la fisonomía de Vd., manita, la contestó el jóven.

— Sin embargo, no hace aun veinte y cuatro horas que ha hablado Vd. conmigo.

— Puede ser cierto.... pero.... ¿Y en qué puede servir á Vd.?

— Soy la madre de Borrasca.

— ¡Ah! ¡Qué torpe soy! Pues toma.... la misma sortija.... Precisamente iba ahora pensando en ir á buscarla.

— No está allí, pero me ha dado una carta....

— ¿Para mí?

— Sí, señor; me ha dicho que encontraría á Vd. seguro en casa de Mr. Smith, porque como Matilde es tan bonita, y esos ojos son los de un hombre endiablamente enamorado.... Pues ya que los mozos se han hecho para las mezas, y yo voy á ir á buscarla....

— Enrique tomó la carta, cuyo contenido era el siguiente:

— Tengo precision de examinar las rayas de la sortija izquierda de Vd. para predecirle una buena ventura. Esta tarde á las seis estaré en la fonda de la *Aguililla*: cuidado con faltar, porque estoy resuelto á no emprender un negocio lucrativo si usted no me acompaña. Si algunos ojos negros le dicen á Vd. para la misma hora, que tengan calma y no se preocupen por la capa, que primero es un amigo, que Vd. necesita las dos cosas, acuérdesse de antes que todo, ojo alerta á los cruceros ingleses.

El charlatan Perkins.
(Continuará.)



Las aguas de los rios en que se ven precisadas á irse las embarcaciones, es negreras para hacer la traza son raras, que producen gravísimas enfermedades, llagas y tripulaciones enteras perecen por esta causa.

VIAJE DE EXPLORACION

AL HEMISFERIO DEL SUR.



Consideramos sumamente útil y curiosa la siguiente relacion circunstanciada del viaje marítimo emprendido por Mr. Dumont d'Urville, y los aficionados á la lectura de expediciones arriesgadas nos agradecerán estas interesantes noticias, cuyos pormenores, así como los acontecimientos dramáticos de la navegacion de dos corbetas en una empresa de exploracion, presentarán un animado cuadro de la vida marina lleno de resolucion y de verdad.

El 7 de setiembre de 1837, salió del puerto de Tolón la expedicion austral compuesta de las corbetas *Zelea* y *Astrolabio*; en la noche del 20 entró en el estrecho de Gibraltar con una niebla espesísima.

El 30 (habla un oficial de la expedicion) anclamos en Sta. Cruz de Tenerife, donde nos detuvimos 8 dias empleándonos en observaciones científicas, en visitar el pico y en el estudio del pais. Despues de haber embarcado vino y algunos refrescos, nos dimos á la vela.

El 12 de noviembre dimos fondo en la bahía exterior de Rio-Janeiro, en la cual solo nos detuvimos el tiempo necesario para hacer víveres frescos. Hallábase ausente el jefe de la estacion francesa, y el almirante inglés Homonond nos ofreció sus servicios con la mayor cortesanía.

El 14 de noviembre se marcó rumbo hacia el S. con ánimo de arribar á los Estados, pero los vientos contrarios y lo poco avanzado de la estacion nos obligaron á preferir á este descanso, una escursion en el estrecho de Magallanes, cuyos puertos nos ofrecian todos los auxilios que podiamos apetecer.

Al amanecer del dia 12 de diciembre entramos en dicho estrecho, en cuyas aguas no se habia visto ninguna expedicion francesa desde el tiempo de Bougainville. Una corriente rápida arremolinó á las dos corbetas, y las arrastró con violencia á un canal bordeado de rocas parduscas y peladas. Solo vimos en aquellas tristes riberas un rebaño de leones marinos sobre la roca llamada *Dungeness*, y algunos guanajos que aparecian de cuando en cuando sobre las crestas de los montes. Despues de haber franqueado con bastante riesgo la primera angostura, nos encontramos en un anchísimo estanque circuido de tierras bajas que formaban el segundo estrecho. Eran las 10 de la noche mas sombría y tempestuosa que he pasado en mi vida; soplaban con violencia el viento del S. O. y la marea era contraria: esto nos obligó á arrojar las anclas, pero solo una de ellas llegó al fondo, quedando las otras dos suspendidas de los escobenes. Las cadenas detenidas por los puños de las bitas que se habian desmontado, no podian arriarse mas, de modo que el *Astrolabio* se vió por espacio de media hora hecho juguete del viento y de una corriente cuya violencia era de 6 á 7 nudos, con una mar gruesa que barria continuamente la bateria de cubierta. Por fin, despues de mucho trabajo, conseguimos asegurarnos con otra ancla que unida á la anterior contrarrestó los esfuerzos del viento y de la marea.

El 13 pasamos el segundo estrecho, y al punto divisamos en la *Tierra del Fuego* una multitud de naturales, á cuyas demostraciones de amistad no nos fué posible responder. Durante la noche atravesamos la angostura peligrosa de *Narborough* entre el continente americano y la pequeña isla de Isabel, cuyas dos riberas iluminaron los salvajes con infinitad de hogueras.

El 14 navegaron las dos corbetas en un ancho canal: sus dos orillas se elevan gradualmente hasta formar una cadena de montañas, cuyas nevadas crestas se pierden de vista por la parte del S. O.

El 15 arribamos al puerto *Famin*, en el cual debia prepararse nuestra expedicion para la difícil derrota por los mares polares. Se embarcó gran cantidad de leña con el objeto de tener siempre encendidos los hornos de los buques, y al mismo tiempo se dispusieron los útiles necesarios para los trabajos hidrográficos que debian emprenderse, al paso que se exploraba el pais.

El puerto *Famin*, situado en la estrechidad del continente de América, ofrece á los navegantes un refugio seguro contra los temporales repentinos que se levantan continuamente en el estrecho de Magallanes: está circuido de montañas de regular elevacion, cubiertas de yerba: el Fresno, el álamo blanco, una especie de olmo, y el árbol de Winter, ó el

laurel de corteza aromática, crecen hasta en las orillas del agua, y coronan las cimas mas escarpadas de los montes.

Estos árboles, que llegan á tener unas dimensiones gigantescas, se pudren en pie sin servir de la menor utilidad, ó perecen arrancados por la fuerza de los vientos. Sus desmesurados troncos arrastrados por las olas obstruyen las entradas en los rios y cubren las playas dándoles desde lejos el aspecto de vastas leñeras. Los pocos claros que no se ven ocupados por árboles derribados estan tapizados de espesa yerba, ó de plantas enlazadas que forman alrededor de los bosques un enredado laberinto. Los bosques abundan en caza de todos géneros; las rocas de las orillas del mar estan cubiertas de apetitosos mariscos, y se cogen en aquellas aguas pesados sabrosísimos.

(Continuará.)

CANCION.

PARA UN ALBUM.

Pobre pájaro perdido
de la selva en la espesura,
si tú lanzas un quejido
lloro yo mi desventura.
Si tu acento,
triste y vago,
á perderse va en el viento,
las claras aguas del lago
con mis lágrimas yo aumento,
y se pierden, ruiseñor,
cual tu acento de dolor.

Si lanza pura y serena
sus rayos la blanca luna,
gimes tú en la selva amena
y yo al pie de la laguna.
Sin que el dia
con su lumbre
suspenda tu melodia
ni acorte mi pesadumbre,
que otra selva mas umbría
blanda acoje, oh ruiseñor,
tu lamento y mi dolor.

Deploras tu soledad,
y mi soledad deploro;
de una amante la impiedad
lloras tú, cual yo la lloro.
Tu reclamo
desatiende,
saltando de ramo en ramo,
y la mia no comprende
mis tormentos si la llamo;
No las mueven, ruiseñor,
tu reclamo y mi dolor.

Mas sigamos tú cantando,
y yo, ruiseñor, gimiendo;
tú quejas al viento dando,
yo mil lágrimas vertiendo.
Argentina
tu voz lanza:
yo en la fuente cristalina
gemiré sin esperanza,
y el dolor que me domina
tal vez cese, oh ruiseñor,
con tu acento de dolor.

JOSE MANUEL TENORIO.

CORRESPONDENCIA ORIGINAL.

Mi querido padre: escribo á V. el *lunes* para que llegando ésta á sus manos el *martes*, haga V. el *miércoles* las diligencias precisas para enviarme algun dinero el *jueves*, á fin de que yo lo reciba el *viernes*: porque sino tomo el *sábado* un caballo y me veré con V. el *domingo*. De V. afectísimo &c—

CONTESTACION.

Mi querido hijo: á tu carta del *lunes*, recibida el *martes*, contesto el *miércoles*, para que sepas el *jueves* que no tendrás dinero el *viernes*, y que si tomas un caballo el *sábado*, te desengañarás el *domingo*, de que no siendo ni *domingo*, ni *lunes*, ni *martes*, ni *miércoles*, ni *jueves*, ni *viernes*, ni *sábado*, cualquiera otro dia estará mi bolsillo á tu disposicion.